

## CAPITULO LIV.

## Ilusiones.



MARINA, que no cesaba de auxiliar en su empresa á los españoles, procuró captarse la confianza de Moctezuma, y gracias al ingenio de la jóven india consiguió Hernan Cortés su principal deseo.

Este era que Moctezuma no apareciese á los ojos de su pueblo como su prisionero, y que, sin embargo, estuviese en su poder.

Marina se valió de cuantos medios le sugirió su imaginacion para despertar en el emperador las ideas que queria infiltrarle.

Un dia, despues de haber satisfecho la curiosidad de Moctezuma, respondiendo acerca de las preguntas que le dirigió respecto á los motivos que le habian impulsado á acompañar á los españoles, díjole Marina con el mayor candor:

Ya veis, señor, que aun cuando son temibles, porque disponen á su antojo del rayo y destruyen las huestes de sus enemigos, tienen buen corazon y saben respetar lo que merece respeto.

Yo he oido á Hernan Cortés quejarse amargamente de la conducta de sus soldados, por haberle exigido éstos que viniérais á vivir en nuestra compañía, á fin de asegurarse de que los atentados cometidos por Qualcopoca no habian sido orden vuestra.

Por su parte, no os hubiera afligido de ese modo ni os hubiera rogado que viniérais á su morada.

Pero ¿qué habia de hacer?

Los españoles no perdonan las injurias que se les hacen.

Os han traído á su lado, y sin embargo, no habeis sido su prisionero, sino su amigo, su huésped.

Ya veis con cuánta atencion os han tratado.

Aunque bien es verdad, añadió la jóven, que si habeis venido no ha sido por obedecer las órdenes de los extranjeros, sino porque seguro como estais de vuestra lealtad, habeis querido probárselo de esta manera.

Esta suposicion halagaba al monarca, y se apresuró á contestar:

—No ha sido otro mi objeto. Por la fuerza nadie en el mundo hubiera conseguido sacarme de mi palacio.

—Eso creo yo, y cree el mismo Hernan Cortés. Pero por la misma razon, para que vuestro pueblo no sospeche un solo instante que habeis cedido á la presion de los españoles, estoy segura de que habeis resuelto no abandonarlos mientras estén en la ciudad, para dispensar cualquier duda de los mexicanos.

Moctezuma se quedó pensativo.

—En efecto, añadió despues de una breve pausa. Yo necesito demostrar á mi pueblo que si he venido aquí ha sido por mi propia voluntad, y el único medio de conseguirlo es no abandonar á los españoles.

Marina habia conseguido su objeto.

Quando despues de consumado el castigo de Qualcopoca y de sus cómplices, se presentó Hernan Cortés á Moctezuma para asegurarle que la justicia estaba satisfecha, y que él quedaba en libertad, los lectores recordarán lo que respondió el emperador.

La astucia habia podido más que la fuerza.

Hernan Cortés tenia en su poder á Moctezuma, y el emperador, siendo su prisionero, se creia en libertad; no satisfecho con que supieran su determinacion los españoles, quiso participársela á su esposa, á los miembros de su familia, á los altos dignatarios de su corte, al pueblo todo, y por eso llamó á la emperatriz y á su ministro Guacolando.

No tardaron en presentarse éstos en la estancia de Moctezuma, y saludándoles con efusion, mostrándose poseido de una viva alegría:

—Os he llamado, dijo, para borrar la tristeza que hay en mi alma.

Habeis creído que si he abandonado mi palacio ha sido obedeciendo los deseos de los extranjeros.

Ninguno de vosotros me ha juzgado bien; yo os perdono.

Lo único que he hecho ha sido cumplir como bueno y como leal, y evitar á mi patria grandes desastres.

Estas palabras sorprendieron á Miazochil y demas personas que le acompañaban.

—Sí, añadió Moctezuma; hubiera podido empeñar una guerra con mis huéspedes, hubiera podido oponer mi indignacion, y reunir un numeroso ejército que me habria dado el triunfo; pero ¿qué habria pensado de mí el rey de los extranjeros, descendiente del gran Quetzalcoal?

Habria tenido razon para despreciarme, porque si los hombres no deben faltar jamas á su palabra, este pecado, que es en ellos venial, es el más censurable en los soberanos.

No, yo no he venido aquí como el prisionero al calabozo; he venido por mi propia voluntad, para demostrar á los extranjeros que era ajeno al atentado de Qualcopoca; y puedo asegurar que no me ha faltado un solo instante la consideracion y el respeto debido á mi elevada posicion.

A todas horas he podido salir y entrar, y sin embargo, no he querido hacerlo hasta que los españoles, despues de juzgar á los reos, los castigasen con mi vènia.

Ya están satisfechos.

Yo tambien lo estoy, por más que haya sentido en extremo que tan doloroso remedio haya tenido que aplicarse á uno de mis más valientes generales.

Pero sabed, y quiero que lo sepa todo México, que por mi

propia voluntad, miéntas los españoles sean mis aliados y mis amigos, miéntas permanezcan en mi ciudad, estaré á su lado, sin que esto me prive de visitar mis templos, de recibir y despachar con todos mis ministros, de presentarme á mis vasallos, de asistir á todos los festejos que dispongan en honor mio; por que soy libre, completamente libre; porque aún impero é imperaré mientras viva; porque al habitar esta morada, no hago más que experimentar una de mis satisfacciones, uno de mis placeres.

Estimo con toda mi alma á los extranjeros, y quiero que los mexicanos los estimen como yo.

No imaginaban los que escuchaban aquellas palabras que tal fuese la actitud del soberano.

¿Qué influencia, qué prestigio tenían los extranjeros, que de aquella manera se habian apoderado del corazon de un hombre que hasta entónces apenas habia dado cabida en su pecho á los sentimientos afectuosos?

—Mañana mismo, añadió Moctezuma, quiero salir de aquí para ir al templo de Huitzilopoztli, para dar gracias al dios de la guerra por haberme proporcionado la amistad de hombres tan valerosos como los españoles.

Cumpliendo sus órdenes, se preparó todo al dia siguiente para que saliesen todos con pompa en direccion al gran templo; pero antes pidió permiso á Hernan Cortés, manifestándole que por su conveniencia y la de los mismos españoles debia presentarse á su pueblo.

El caudillo de los españoles, obedeciendo á la política que se habia propuesto observar con él:

—Sois excesivamente bondadoso, le dijo, al pedirme licencia, cuando somos nosotros los que debemos y queremos estar á vuestras órdenes.

Aprovechando aquella circunstancia, insinuó Hernan Cortés al emperador uno de sus principales designios.

—Os he dicho, exclamó, que completamente satisfechos nosotros de que tuvisteis parte alguna en los atentados cometidos por Qualcopoca, sois completamente dueño de vuestro albedrío.

Considero como un señalado favor hacia nosotros la determinacion de vivir en nuestra compañía; pero tengo que haceros una súplica.

Ya sabeis cuánto nos horrorizan los sacrificios de vuestros templos.

Repugnan á nuestra religion y á nuestras costumbres; y si en algo estimais la amistad que hemos jurado guardaros, os suplico rendidamente que deis órdenes para que se suspendan en vuestros templos esos terribles sacrificios, en los que perecen tantos inocentes, sin que vuestros dioses saquen provecho alguno de ello.

Moctezuma prometió complacerles, al ménos mientras estuviesen en México, y comunicó órdenes á los sacerdotes, prohibiendo en todos sus adoratorios tan cruentas hecatombes.

La noticia de que Moctezuma no estaba preso, de que no vivia con los españoles por orden de éstos, sino por su propia voluntad, cundió rápidamente y alegró en extremo á los mexicanos, que aunque odiaban al emperador por las tiranías que ejercia sobre ellos, y aunque no se atrevian á oponer resistencia alguna á los españoles, no por eso, al figurarse que estaba en su poder, dejaban de sentirlo, sino por la persona del monarca por el temor que abrigaban de verse amenazada de muerte la independencia de su nacion.

Cuando se supo que despues de tantos dias de reclusion iba á salir á los templos, la alegría hizo olvidar á los mexicanos las lúgubres escenas que habian presenciado, y el dia señalado para la reaparicion del rey ante sus vasallos fué de verdadero júbilo para ellos; desde muy temprano acudieron todos los servidores del emperador al cuartel de los españoles.

La misma emperatriz con su hija Temixpa; los príncipes, ex-

cepto el de Tezcuco, que vivia alejado buscando los medios de vengarse de los españoles; los altos funcionarios y los sacerdotes, acudieron á la morada de Moctezuma, dispuestos á acompañarle en su visita al templo.

Adornado el emperador con sus mejores galas, y preparado para salir, á fin de no inspirar desconfianza á los españoles, rogó á algunos de los capitanes de Hernan Cortés que le acompañasen.

La comitiva se puso en marcha, y de todas partes acudian mexicanos á saludar con entusiastas aclamaciones al emperador.

La alegría se pintaba en el rostro de Moctezuma, y en presencia de aquellas ovaciones parecia olvidar la triste situacion á que se hallaba reducido, porque aunque aparentase una inmensa felicidad, la verdad era que en el fondo se veia reducido á la mísera condicion de prisionero.

Para solemnizar aquel acto, otorgó grandes mercedes á los nobles de la corte y colmó de dádivas á todos sus vasallos.

Por la tarde comió en público, y dispuso que sus bufones divirtiesen á los españoles y á los mexicanos en la plaza de Tlatelulco.

Estas demostraciones contribuyeron á borrar los odios que sentian los mexicanos contra los españoles; y tanto fué así, que convencidos de la influencia que tenian sobre Moctezuma, buscaban su amistad y procuraban que fueran sus intercesores cerca del monarca en todas sus solicitudes.

A partir de aquel dia no pasó uno solo sin que Moctezuma se presentase á su pueblo, aunque acompañado siempre de los españoles, para convencer más y más á sus vasallos de la estrecha amistad que le unia con ellos.

No por eso dejaban de trabajar á favor de sus designios Cacamatzin y Quetlahuaca.

El primero lo esperaba todo de la lucha.

El segundo, cautelosamente difundia entre los mexicanos la

idea de que el emperador estaba prisionero, y de que si se presentaba al público, era por que así convenia á los españoles para no despertar el odio de los mexicanos.

Quería fomentar entre unos y otros la odiosidad, para poder justificar el golpe que meditaba contra los españoles, valiéndose del secreto que le habia revelado Zimpazin.

Nadie hubiera dicho, sin embargo, al ver lo que pasaba en la ciudad de México, que aquel sereno lago debia convertirse muy en breve en proceloso mar.

## CAPITULO LV.

### La tela de araña.



HERNAN Cortés envió en reemplazo de Juan de Escalante, que murió á consecuencia de las heridas que habia recibido al combatir contra los mexicanos; envió, repetimos, con el título de teniente, á un soldado distinguido, llamado Alonso de Grado.

El título de gobernador de la Verueruz lo confirió al capitán Gonzalo de Sandoval.

Pero no queriendo privarse de sus servicios, le retuvo á su lado y envió á Alonso de Grado como lugarteniente.

Ilbialbi, el indio confidente de Hernan Cortés, le habia participado lo que habia oido decir cuando se habia tratado de oponer resistencia á los españoles.

En un momento dado podian estos destruir los puentes que habia en la poblacion, y rodear de agua á los españoles.

No olvidó esta noticia Hernan Cortés.

En una de sus conversaciones con Moctezuma le preguntó el emperador cómo habian podido surcar los mares él y sus compañeros.

Hernan Cortés le hizo una pintura de los buques en que habian llegado hasta Veracruz, y despertó deseos en el emperador de ver aquellas casas flotantes, como despues las llamaron los mexicanos.

—Nada más fácil que complaceros, dijo Hernan Cortés.

Tengo que enviar á la colonia de Veracruz un jefe que me represente para reemplazar al que ha perecido luchando con huestes.

Haré que desde allí me envíen muchos de los objetos necesarios para la fabricacion de los navíos, y muy en breve vereis esas embarcaciones cuya pintura os llama tanto la atencion.

Pidió jarcias, velas, clavazon y otros despojos de los navíos que habia echado á pique en la Veracruz, con ánimo de fabricar dos bergantines para tener á su disposicion el paso de la laguna; y cuando llegaron lo dispuso todo para que los calafates y los marineros diesen comienzo á los trabajos.

Moctezuma puso al servicio de Hernan Cortés á todos los indios que habia en la ciudad dedicados al oficio de carpintero, y ellos proporcionaron la madera y fueron eficaces auxiliares de los españoles.

Despues de terminadas las embarcaciones, que causaron gran asombro en los mexicanos, y especialmente en el emperador, manifestó deseos de surcar la laguna en una de aquellas inmensas canoas, y al efecto se proyectó una gran fiesta.

Moctezuma dispuso una de sus monterias más solemnes, un paraje de larga travesía para que no faltase tiempo á su observacion.

El día señalado amanecieron sobre la laguna todas las canoas del séquito real con su familia y cazadores, reforzada en ella la boga, no sin presuncion de acreditar su ligereza, con descrédito de las embarcaciones extranjeras, que á su parecer eran pesadas y serian dificultosas de manejar.

Poco tardaron en desengañarse.

Los bergantines partieron á vela y remos, favorecidos oportunamente por el viento y se dejaron atrás las canoas.

La admiracion de los indios fué inmensa.

Fué día de gran alegría para los españoles, tanto por la novedad y circunstancias de la montería, como por la opulencia del banquete.

Moctezuma estuvo muy entretenido con sus marineros, burlándose de los que pugnaban por dar alcance á los españoles, y celebrando como suya la vistoria de los extranjeros.

Toda la ciudad acudió à ver aquellas que en su lengua llamaban casas portátiles.

Creían que estas imponian obediencia al agua y al viento; el vulgo consideraba todo aquello como sobrenatural, y creía que los españoles ejercian dominio sobre los elementos.

Cortés celebró en extremo el concepto que habian formado los mexicanos de sus embarcaciones, porque de esta manera crecía su reputacion á los ojos de aquellos.

Deseando aumentar la superioridad que ejercia, ponderaba los elementos con que contaba el rey de quien era representante, engrandecía su poder, y poco á poco iba haciendo desear á los mexicanos la confederacion que proponia.

Aparentando únicamente curiosidad, se informó muy detalladamente de la magnitud y límites del imperio mexicano; de sus provincias y confines; de los montes, rios y minas principales; de las distancias de ambos mares, su calidad y surgideros.

Moctezuma, deseoso de complacerle, mandó à sus pintores que delineasen un lienzo semejante á nuestros mapas.

Despues permitió que fuesen algunos españoles á reconocer las minas de mayor importancia, y los puertos ó ensenadas que parecían capaces de contener bajeles.

Hernan Cortés pretextó que deseaba adquirir todos estos datos, con objeto de llevar á su monarca una memoria de lo más notable.

Moctezuma dió las órdenes oportunas para que por todas partes se permitiese el paso á los extranjeros, y se les facilitasen los datos que desearan.

De esta manera queria demostrar una vez más á sus vasallos que vivia sin recelo, y que cada día era más estrecha la amistad que le unia á los españoles.

## CAPITULO LVI.

## Cuentas galanás.



ARA con la fortuna nadie es más exigente que aquel que más favores le debe.

Hernan Cortés habia realizado una empresa fabulosa, tenia preso en su cuartel al soberano de un poderoso imperio; una nacion belicosa, acostumbrada á luchar y á vencer, conquistadora por carácter y por hábito, habia sido conquistada por él con un puñado de hombres, y sin embargo, no estaba satisfecho.

Moctezuma no se movia sin pedirle licencia para ello; á cada instante contrarestaba sus deseos, y el tirano, acostumbrado á mandar, obedecia como un esclavo.

No bastaba esto á la ambicion del afortunado caudillo.

—¿A qué hemos venido aquí? se decia. ¿Por qué causa hemos arrostrado tantos trabajos? ¿No hemos venido á conquistar este poderoso imperio? Pues lo que tardemos en conquistarle es tiempo perdido.

Pedro de Alvarado, que ante la imposibilidad de obtener el amor de Marina, por depender de su voluntad, habia empezado á perder la posicion que sentia hácia la jóven, se prendó de la hermosura de Temixpa.

Las dos eran en extremo seductoras.

Marina hablaba más que Temixpa á las pasiones.

La hija menor de Moctezuma era un tipo acabado de la vírgen azteca.

El deseo que nació en Alvarado de una mirada, tomó cuerpo, y los desdenes que sufrieron sus insinuaciones aumentaron la pasion del fogoso capitan.

Por otra parte, los encantos que ofrecia á sus ojos la ciudad de México, aquel hermoso cielo, aquella naturaleza pródiga y fascinadora, que parecia rodear la ciudad con una guirnalda de flores, le hacian considerar como una ventura inagotable la vida en aquel paraíso.

Animado por estos deseos, los comunicó á sus camaradas y halló eco en sus aspiraciones.

—Aquí, les dijo, somos más que príncipes.

Al volver á España ¿qué nos sucederá? Que nos festejarán, nos darán una parte de las riquezas que llevamos y nos olvidarán despues.

Por mucho que nos toque, somos jóvenes; visitaremos las hosterías, habrá dados, y en una noche perderemos lo que tantos disgustos nos ha costado adquirir.

Por mi parte, declaro que me consideraria muy dichoso pasando el resto de mis dias entre los mexicanos.

—Nada más fácil para Hernan Cortés que calzarse con la corona y el cetro de Moctezuma, dijo Sandoval.

—Y en ese caso, añadió Orgaz, con enviarnos de vireyes á las provincias, quedariamos todos contentos.

—La idea es excelente, repuso Velazquez de Leon; pero no agradará ni al emperador ni á los príncipes.

—¿Y qué nos importa? ¿Por ventura, no debemos nuestro triunfo, más que á nuestro trabajo, al odio que los mexicanos profesaban á sus señores?

—Cierto; pero ¿quién nos dice que no tomarán las armas contra nosotros al verse despojados? ¿Quién nos asegura que no tendrán partidarios?

—Para nosotros no es un inconveniente aceptar el mando; ¿pero nos obedecerán siempre?

—¿No habeis visto el respeto que nos profesan?

Nos creen descendientes de un príncipe suyo muy antiguo, que segun cuentan los sacerdotes, salió hace muchos siglos de México en busca de un país civilizado, y no volvió.

El infeliz naufragaria sin duda; ¿pero qué nos importa pasar por descendientes suyos?

—¿Y hemos de vivir aquí practicando una religion distinta de la de nuestros vasallos si llegamos á ser sus soberanos? preguntó Sandoval.

—Fácilmente se arregla eso: con entrar un dia en sus templos y destruir sus ídolos, es asunto concluido.

—No es eso tan fácil como parece.

—Para nosotros no hay nada imposible.

—¿Pero habíamos de adoptar las costumbres de México?

—¿Y por qué no?

—Por mi parte, declaro que nunca me vestiré de indio.

—Pero los indios pueden vestirse á la española.

—Y las indias tambien.

—Sobre todo nuestras mujeres.

—¿Nuestras mujeres?

—Sí.

Eso es profesar la religion de los mexicanos.

—No por cierto, es transigir.

—De todo esto lo que resulta, amigos, dijo Pedro de Alvarado, es que os conformaríais á vivir en México siendo los amos del cotarro, ¿no es eso?

—Sí, sí, gritaron todos.

—Pues intentemos que Hernan Cortés acceda á nuestros deseos.

—Un medio hay de conseguirlo.

—¿Cuál?

—Interesar en nuestros planes á Marina.

—Por nada del mundo faltará á su fidelidad.

—Sin faltar á ella puede salir gananciosa.

—¿De qué modo?

—Figuraos que Hernan Cortés destrona á Moctezuma y es proclamado emperador.

—¿Qué sucede?

—Hernan Cortés la ama se casa con ella y la hace emperatriz.

—Pero eso no es posible.

—¿Por qué?

—Por que Hernan Cortés está casado.

—En España, aquí no.

—Ancha es vuestra conciencia.

—Pasado el charco, todo está permitido.

—No seria malo hablar á Marina en ese sentido.

—Despertar su ambicion.

—¿Quién se encarga de explorar su ánimo?

—Yo, dijo Pedro de Alvarado.

—Pues á vuestro celo confiamos la realizacion de nuestros designios.

Pedro de Alvarado aprovechó la primera ocasion oportuna para hablar á Marina.

La jóven le escuchó con aparente indiferencia.

Y sin embargo, Alvarado habia adivinado sus sentimientos.

La idea concebida por los capitanes españoles era el sueño dorado de la jóven india.

Era muy cauta, y se negó á hablar á Hernan Cortés.

Ya le habia hablado.

Pero inútilmente.

La ambicion de gloria absorbía todo el ánimo de Hernan Cortés.

Amaba á Marina, pero amaba más su fama.

Y sobre todo, en el fondo de su conciencia le decia una voz.

—¡Eres esposo! ¡Eres padre! Para redimir tus pecados nece-

sitas cuando ménos presentarte á tu esposa y á tu hijo glorioso y rico. Solo labrando su felicidad podrás calmar el torcedor de los remordimientos.

Marina no insistió.

## CAPITULO LVII.

### Hernan Cortés trata de destruir los ídolos.



CUANDO los capitanes indicaron vagamente sus planes á Hernan Cortés:

—Creo que el ocio os aburre, les dijo; y por eso pensais como egoistas. Pronto tendreis ocasion de emplear vuestra actividad.

Aún no hemos terminado la conquista de México, y es preciso acabarla.

Es necesario obtener el triunfo de nuestra religion; ¿me ayudareis á conseguirlo?

Esta pregunta recibió una respuesta entusiasta por parte de los capitanes.

—¿Podeis dudarle un solo instante? dijo Velazquez de Leon.

—Al oir vuestras palabras, al ver los deseos que teniais de renunciar á la gloria por obtener las ventajas de la vida apacible que aquí se disfruta, he podido abrigar alguna sospecha; pero no tan profunda que no se desvanezca con vuestras protestas actuales.

—Qué os parece mejor, añadió Hernan Cortés: ¿entregaros á la melicie, vivir aquí gozando de venturas que no podeis participar con vuestros hermanos, ó tornar á la patria con los laureles de conquistadores y ser envidia y admiracion, de los que no han podido acompañarnos para llevar á cabo tan gigantesca empresa?

¿Qué son las conquistas de los tercios de Flandes, qué es el mismo descubrimiento del Nuevo Mundo, comparado con el triunfo que alcanzaremos cuando podamos ofrecer á los piés de